

Siempre llega un momento, más tarde o más temprano, en que la soledad más satisfé-cha y autosuficiente se convierte en un estado de quejumbrosa humillación, y en el que uno añora miserablemente los cuidados de una esposa, de una madre abnegada. El lunes yo tenía que haber volado de regreso a Pittsburgh. El domingo empecé a notar un picor muy desagradable en la garganta, y se me repitieron varias veces los accesos sucesivos de calor que habían empezado la mañana infausta de mi lecture, y que yo consideraba derivaciones psicósomáticas del berrinche provocado por la innombrable Terminator. Recordé con aprensión un paseo imprudente por la Costanera, un mediodía de sol casi de verano y rachas de viento atlántico que me enfriaban el sudor. Asomado a las aguas del río de la Plata me había acordado de Borges.

*Y fue por este río de sueñera y de barro
Que vinieron las naves a fundarme la patria.*

Dormí esa tarde una siesta extenuada e inquieta y cuando me desperté tenía fiebre, y cada vez que tragaba saliva parecía que se me iba a desgarrar la garganta. Siempre llevo en los viajes un frasco de Tylenol: tomé dos pastillas que me aliviaron un poco, y procuré beber mucha agua, a sorbos, por el dolor de la garganta. Apenas fue de noche me dormí con la somnolencia engañosa de la fiebre. Aún tenía esperanzas de encontrarme mejor por la mañana, o al menos de estar en condiciones de ir al aeropuerto y tomar el avión. Pedí que me despertaran a las siete. A las cuatro y media estaba despierto, con la cara ardiendo, con la lengua áspera, con la garganta hinchada, en un estado físico y moral deplorable que sólo puede comprender quien haya pasado a solas una noche de fiebre en la habitación de un hotel.

A las siete acepté el hecho de que no estaba en condiciones de emprender el viaje. De lidiando de fiebre tuve que verme envuelto en tortuosas gestiones telefónicas, primero para cancelar mi billete e intentar que me hicieran una reserva en el vuelo del día siguiente sin pagar una penalización exorbitante, luego para que la dirección del hotel me permitiera quedarme una noche más, lo cual trajo consigo malentendidos y dificultades y dilaciones que se volvían más lentos y se enredaban más labe-

rínticamente por culpa de la fiebre que seguía subiéndome, y que cuando remitía era para dejarme tirado en la cama de aquella habitación a cada momento más hostil como un despojo de mí mismo.

Llamé también a Morini, y por miedo a que creyera que mi enfermedad era un pretexto para alargar el viaje exageré innecesariamente mi estado y puse un poco más ronca la voz: que no me preocupara, me dijo, que la salud era lo primero, que él lo tenía todo bajo control, para eso estaban los amigos.

El miércoles me encontré por fin en condiciones de viajar. Recuerdo como una pesadilla los trámites del check in en Ezeiza, las colas populosas delante de los desks, el espacio exiguo del asiento en clase turista donde pasé doce horas en las que me venía en oleadas el presentimiento de la fiebre, el pánico de que me volviera a subir en aquel avión agobiante, convirtiéndome de nuevo en eso que es uno cuando está solo y se pone enfermo en un país extranjero: un paria.

En los diez días de mi ausencia la nieve había desaparecido de los paisajes boscosos de Pensilvania, y con ella cualquier rastro del invierno que dejé atrás al marcharme. En las praderas de Humbert College, en el gran espacio abierto de Humbert Commons, el césped res-

plandecía al sol con un verde fuerte y luminoso, y todo el aire estaba perfumado de savia, del olor a la hierba que iban cortando con su ronroneo monótono los lawn mowers. Los estadounidenses se toman tan fanáticamente en serio las promesas del buen tiempo como las del americano way of life: bajo los grandes chestnuts del campus, en los que habían estallado casi al mismo tiempo los brotes de hojas nuevas y los ramos de flores rosadas, las estudiantes, apenas había empezado a apretar el sol, se tendían en la hierba ya vestidas del todo de verano, en shorts, en camiseta, descalzas, manchas de piel muy blanca sobre el verde intenso de la pradera revivida en unos días tras seis meses de invierno.

No oculto que me latía incontroladamente el corazón cuando empujé la puerta enorme y pesada que da paso al Humbert Hall, donde están las aulas y las oficinas del departamento. La noche anterior, cuando llegué a casa, desguazado por el viaje, puse el contestador automático por ver si había dejado algún mensaje Morini: esa tarde, mientras yo sobrevolaba en un 747 el golfo de México, se habría decidido mi ascenso a full professorship. Pero en la answering machine no había ningún recado, ni de Morini ni de nadie, y ese silencio ya me pareció un mal augurio. Me consolé como pude recordando algo que me había dicho Morini una vez, que no

le gustaba dejar mensajes importantes en ese aparato sin alma. Tuve la tentación de llamarlo a su casa: pero jamás me habría atrevido a esa hora, las diez y media de la noche. En Pensilvania llamar por teléfono después de las diez es casi tan pecado (y casi tan delito) como ponerse a beber alcohol una mañana de domingo en el apartamiento de una iglesia.

Dormí bien, a pesar de todo, porque había pasado en vela las tres noches anteriores, y porque me tomé dos somníferos. Nada es más beneficioso para mi equilibrio personal que una buena noche de sueño. A pesar de la inquietud conduje con buen ánimo las veinte millas de Humbert Drive que me separaban del trabajo, y al dejar estacionado mi coche saludé con un Hi lo más optimista que pude a las ancianas secretarías del Spanish Department, que habían salido del edificio para fumarse un pitillo. Suelen ser muy amables conmigo, pero esa tarde me contestaron muy distraídamente, y una de ellas, la jefa de administración, miró para otro lado, como si no me hubiera visto.

Pero habrá que ir al grano, por usar la expresión que repetía Marcelo M. Abengoa. Entré en el despacho de Morini, que estaba hablando por teléfono y me sonrió y me tendió la mano pidiéndome por gestos que me sentara, y que después de tenerme veinte minutos

esperando a que terminara una conversación a todas luces banal, o cuando menos susceptible de ser abreviada, me dijo sin mayores preámbulos que sentía tener que ser él quien me diera la noticia, y que el departamento había desestimado mi ascenso, decidiéndose por otro candidato más suitable.

Hasta ese momento yo no había sabido que hubiera otro aspirante al mismo puesto que todo el mundo, durante los últimos meses, me había asegurado que sería para mí. Pude mantener la dignidad porque estaba sentado: si la noticia me pilla en pie es probable que las piernas no me hubieran sostenido. Con un hilo de voz pregunté quién era el otro candidato:

—Candidata. Creo que os conocisteis en Buenos Aires —Morini se miró las puntas de las uñas, perfectamente polished—. Ann Gadea Simpson Mariátegui.

Al decir ese nombre (esa lista amenaza-dora de nombres, más bien, como si en vez de una mujer mi victoriosa adversaria fuese todo un pelotón de terminators), Morini levantó los ojos para estudiar el efecto que provocaba en mí. Me imaginé impasible, digno, despectivo, orgulloso, golpeado, pero no vencido, apreté los dientes y respiré hondo y suave intentando no echarme a llorar, a llorar embarracado, como decían antes las madres españolas.

—Yo soy tu amigo, Claudio, desde el principio aposté por ti, tú eras mi candidato. Pero no te ocultó que al surgir la candidatura de S.M. (ella prefirió que se la llame con esas iniciales, como sabes), tú no tenías a ghost of a chance, estabas perdido, y no sabes cómo me cuesta decirte esto, qué malas noches he pasado. No es sólo su curriculum, sus publicaciones, el número de mentions que tiene en trabajos de otros, en los journals más respetados. Comprendo que es una mujer, y que es lesbiana. Más del diez por ciento de este país es gay y lesbian, Claudio. ¿Y cuántos profesores de este departamento tenían hasta ahora esa sexual orientation?

Me encogí de hombros: habría debido sujetarme a los brazos del sillón, porque Morini amplió la sonrisa y dijo:

—Sólo yo. *Suid*

—¿Tú? —casi me levanté de la sorpresa, de la incredulidad: ¿Morini gay? ¿Morini, que en los años anteriores a las severas prohibiciones del sexual intercourse entre profesores y estudiantes había sido un seductor implacable de las alumnas más jóvenes, fascinadas por su tez morena, su bigote y su melena negra, su leyenda romántica y muy nebulosa de ex guerrillero urbano o payador perseguido (leyenda más bien dudosa, pero muy cultivada por él mismo)?

—Bueno, no exactamente gay —por un momento pareció que tenía miedo de que yo le echase en cara todas sus aventuras con mujeres—. No seas narrowminded, Claudio. Yo me definiría como bisexual.

—Pues ni eso te lo había notado yo, qué quieres que te diga.

—¿Y crees que no me sentía intimidado ante una persona como tú, tan macho español, tan blatantly heterosexual, y te ruego que no te sientas ofendido? Ha sido muy duro, todos estos años de sufrir en silencio, de temer que alguien como tú advirtiera mi diferencia. Pero por fin me he atrevido a lanzarme out of the closet, a mostrarme como soy de verdad.

Iba a decirle que yo no le había notado ningún cambio, pero preferí encerrarme, por usar su propio vocabulario, en el closet de mi propio rencor.

—Y no pongas esa cara de self pity, Claudio, por favor, no te aproveches de nuestra amistad para hacer que me sienta culpable —puede que yo tuviera cara de self pity, pero Morini no mostraba en la suya ni un rasgo de piedad, ni de compasión—. Reconócelo, no te has renovado mucho últimamente. ¿Sobre quién das cursos, qué papers escribes? Siempre la vieja guardia, los viejos varones europeos muertos, y desde luego, eso sí, to-

dos straight, el viejo machismo español no se rinde.

—Pero si publiqué hace nada un artículo sobre Juan Goytisolo, y acuérdate que me citó elogiosamente Paul Julian Smith.

—¡Cómo no iba a salir de nuevo Paul Julian Smith y su célebre cita! —Morini, melodramáticamente, alzaba los brazos como invocando al cielo—. No es por herir tu vanidad, Claudio, pero *en rigueur* no fue exactamente una cita, fue más bien una mención de pasada, ni siquiera una footnote.

Me espantó aquel signo de mezquinidad: el tipo se había molestado en comprobar que entre los cientos de notas con letra diminuta al final del artículo de Paul Julian Smith no estaba mi nombre, detalle que por cierto yo tampoco había dejado de advertir.

—Pero tú también has escrito sobre Cervantes, Morini —acerté desmayadamente a objetar.

—Por supuesto, pero desde un approach innovador, teniendo en cuenta a Lacan y a Kristeva, y sobre todo la Queer Theory, el cutting edge de la crítica, atreviéndome, arriesgándome un poco, Claudio, off the beaten track, acuérdate de mi estudio sobre drag queen epistemology y cross dressing en la segunda parte del Quijote... Pero ustedes los españoles

no pueden soportar que su gran héroe fuese en realidad completamente queer, que lo mandasen a la cárcel no por un delito fiscal, sino en un episodio típicamente español de gay bashing, de persecución al homosexual, al judío, al disidente, al maricón, como dicen ustedes, que menuda palabra, ya casi equivale a una lapidación.

Morini empezó a ordenar unos papeles sobre su amplia mesa de chairman, se quedó como estudiando una carta o un formulario, algo de mucha importancia, parecía, lo fue dejando caer poco a poco mientras levantaba la cabeza, todavía sin mirarme, y se subía las gafas. Pensé: «Ahora viene lo peor».

—Hay otros problemas, Claudio —dijo, ya muy serio—. Soy tu amigo y no quiero ocultártelo.

Tragué saliva y con un gesto lo animé a continuar el suplicio.

—Sospechas de racismo. De cierto race bias, al menos.

—Pero eso es una calumnia —balbué, como un acusado sin defensa, sintiéndome ya definitivamente perdido—. Tú me conoces desde hace años, Morini, sabes que yo jamás, ni de palabra ni de obra...

—Esa estudiante tuya, Ayesha algo...

—¿Una chica negra, bastante gorda? —nada más decir esas palabras me arrepentí,

comprendiendo que yo mismo estaba labrándome la perdición: Morini ponía cara de estar a punto de mesarse los cabellos, o entregarme a esa Inquisición a la que me suponía tan próximo.

—«Chica negra, bastante gorda» —Morini imitaba mi acento español, aunque bajando la voz, y mirando un instante de soslayo la puerta del despacho, que estaba cerrada—. ¿Quieres buscarte la ruina, Claudio, hablando de esa manera delante de mí? ¡Y luego te quejas de que te acusen de white supremacist! Esta chica african-american, sobre cuyo aspecto físico no hay necesidad de hacer ninguna observación ofensiva y/o discriminatoria, vino a quejarse porque le habías marcado su último papel con una C.

—Por lo menos la aprobé, ¿no? No sabe nada de nada. No interviene en las clases, ni siquiera habla con los demás estudiantes. Se queda dormida masticando.

—La aprobaste, Claudio, qué palabra. Ustedes los españoles siempre aprobando y desaprobando a la gente, siempre con el espíritu de gran inquisidor. ¿Estás seguro de que la race y el gender de esa chica no te inclinaron, aun de manera subconsciente, a darle esa mark tan baja? Soy tu amigo, Claudio, a mí me puedes abrir el corazón.

—Por Dios, Morini, los dos mejores estudiantes que tengo son chicas, una de ellas african-americana, y la otra china, perdona, chine-americana.

Casi sonreí, creyendo que me había apuntado una mínima victoria, pero Morini no parecía nada convencido, ni siquiera dio la impresión de haber escuchado mis últimas palabras. De nuevo tomó de la mesa un papel, un formulario o el cuadernillo de un journal, y sujetándolo entre las dos manos levantó despacio la cabeza y empezó a hablar antes de mirarme. Me sentía como si estuviera a punto de ser enviado a un campo de reeducación norvietnamita.

—Me ha sido muy difícil, Claudio, pero soy tu amigo y la amistad yo la pongo por encima de todo. No te ocultó que tu situación en Humbert College no es envidiable. Te he defendido mucho, pero eso no basta, también tienes tú que poner de tu parte. Tendrías que dar algún signo, enrolarte en algún taller de race sensitivity, citar a otros autores, ¡y autoras!, en tus cursos. Ann Gadea, te adelanto, es una mujer magnánima. Me ha dicho que te valora mucho, que espera colaborar contigo en el día a día del departamento...

Justo entonces yo tendría que haberme levantado y haber salido del despacho de Morini dando un portazo, pero no lo hice. Salí un

rato después, y entonces las secretarías, que están siempre al acecho, me sonrieron con perfecta falsedad y me desearon angelicalmente a good day, no sin la complacencia de ver humillado a alguien que ocupa una posición superior. Encerrado en mi oficina, le escribí a Morini, después de deliberaciones dolorosas y de borradores sucesivamente más audaces, una letter of resignation, en la que más o menos venía a decirle que escupía sobre la limosna académica y laboral que me había ofrecido.

Releí la carta, la doblé, la guardé en un sobre con el membrete del departamento, imaginé con anticipado orgullo una travesía del desierto académico tan ardua como la de mi amigo Mario Said. Al salir de la oficina, camino del despacho de Morini, me puse la carta en el bolsillo.

Todavía la tengo allí, dos semanas más tarde. Me digo que este retraso no es una cuestión de cobardía, sino de prudencia. ¿Voy a volver a España, a estas alturas de mi vida, voy a empezar otra vez de cero en cualquier otra parte, ahora que tengo casi pagado el mortgage de mi casa, y que según parece, Morini y Ann Gadea quieren contar conmigo y valoran mucho mi posible aportación en la nueva etapa del departamento?

A finales de mayo, cuando termine el spring semester, he decidido que viajaré a Ma-

drid. Entre unas cosas y otras ya hace tres años que no voy a España. Tendré que mirar en mis papeles a ver si no he perdido la tarjeta de Marcelo Abengoa. Me gustaría decirle que el hotel Town Hall de Buenos Aires ya habrá sido derribado, y que sólo en nosotros dos, en nuestro recuerdo o nuestra imaginación, sigue habitando todavía Carlota Fainberg.

Este libro
se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos
de Unigraf, S. L.
Móstoles, Madrid (España)
en el mes de noviembre de 1999
